

## EN EL CENTENARIO DE MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

ÁNGEL GÓMEZ MORENO  
Universidad Complutense de Madrid

El 26 de septiembre de 1962, a los cincuenta y un años, moría María Rosa Lida, «physically exhausted but mentally lucid to the last», en palabras de su viudo, el eminente lingüista Yakov Malkiel<sup>1</sup>. Así se truncaba la carrera indiscutiblemente brillante y prometedora de quien, a poco de dejarnos, se erigía en todo un mito. Para ello, no hizo falta ninguna reivindicación ulterior: bastó que saliese a la calle el grueso volumen de *La originalidad artística de «La Celestina»*<sup>2</sup>, en el que la investigadora hace gala de una erudición y una inteligencia portentosas. Por añadidura, durante veinticinco años exactos, María Rosa (como la llama Malkiel en sus escritos memorativos y como, tras su ejemplo y para abreviar, la llamamos cuantos la admiramos) continuó publicando artículos y libros como si aun estuviese viva<sup>3</sup>; de hecho, gracias a esta «segunda época»

---

<sup>1</sup> Es la penúltima frase de una necrológica (Yakov Malkiel, «María Rosa Lida de Malkiel», *Romance Philology*, 17, 1963, págs. 9-32) impactante por la contención de ánimo y su aparente asepsia. Si se tiene en cuenta su exquisita redacción y un tono laudatorio que contrasta con otros obituarios del propio Malkiel (solo elogioso, sin mediar varapalos e ironías, con don Ramón Menéndez Pidal, Ignacio González Llubera y Amado Alonso, con sus propios maestros y una serie de lingüistas en su mayor parte judíos), se entiende que irradie verdadero magnetismo. El maestro de Berkeley, con quien tuvo trato asiduo durante la Summer Session de 1986, vela aquí sus propios sentimientos, como rehúsa hablar sobre (y empleo una palabra que en ningún momento sale de su pluma) la espiritualidad de María Rosa. Su discurso se limita a lo estrictamente académico; de hecho, tan sólo alude a su *Jewishness* esencial en una afirmación taxativa que luego corrige con pinceladas contadas pero precisas: «Such gropings as are traceable to María Rosa's religious and intimately cultural heritage are too delicate to be placed on public record» (Yakov Malkiel, art. cit., pág. 11).

<sup>2</sup> María Rosa Lida de Malkiel, *La originalidad artística de «La Celestina»*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

<sup>3</sup> El último de sus envíos a imprenta es, si no yerro, una carta de María Rosa a D. W. McPheeters de 1957, publicada en *Celestinesca*, 11, 1987, págs. 21-23.

podemos degustar lo más granado de las cerca de mil páginas que tenía escritas sobre Flavio Josefo y su presencia en la literatura española<sup>4</sup>.

Albacea natural de su legado y garante celoso de su memoria, hasta dar (ahora sí, y sin ambages) en una suerte de culto profano (esa hipérbole sagrada de la que tanto sabía María Rosa)<sup>5</sup>, Malkiel simultaneó la alta investigación en lingüística románica con la revisión, metódica y abnegada, de cada uno de los cuadernillos que, en diferente grado de elaboración, le dejó su esposa. En esta tarea puso todo su empeño, como vemos en *A Tentative Autobiography*<sup>6</sup>, más en concreto en la sección «The Literary Legacy of María Rosa Lida de Malkiel» (págs. 127-133), que consta de treinta y nueve entradas, nueve de las cuales corresponden a libros. Solo un gigante como él podía llevar a cabo una tarea de esas dimensiones, con una pulcritud y tino que delatan sus profundos conocimientos en teoría e historia literaria<sup>7</sup>. Añadiré que, no en balde, Malkiel era pariente de dos de los padres del formalismo, Victor Zirmunskij y Yuri Tynjanov<sup>8</sup>.

Las largas jornadas en su despacho de Dwinelle Hall (sólo interrumpidas por el agradable paseo matutino, Strawberry Creek arriba, hasta el comedor del Men's Faculty Club), una energía que se diría sobrehumana (esa fibra especial, esos *stamina* a los que tantas veces aludía, pues sobre ellos se cimientan las demás virtudes académicas) y una sabiduría enciclopédica son las claves del

<sup>4</sup> En la segunda edición de la obra (1970), Malkiel adjunta una «Bibliografía analítica preliminar de los trabajos de María Rosa Lida de Malkiel» (págs. 753-779), que aun ampliaría en varias ocasiones, toda vez que María Rosa continuaba publicando desde la tumba. Las tres primeras páginas del volumen ofrecen una semblanza en la que sus datos personales forman una ficha lacónica y fría: «Nació en Buenos Aires el 7 de noviembre de 1910. Vivió en su ciudad natal hasta septiembre de 1947, fecha en que se trasladó a Estados Unidos como residente gracias a una beca norteamericana de investigación. Lugar y fecha de casamiento: Oakland, California, 2 de marzo de 1948. Muerte, después de más de dos años de enfermedad, en una clínica de Oakland, el 26 de septiembre de 1962».

<sup>5</sup> María Rosa Lida de Malkiel, «La hipérbole sagrada en la poesía castellana del siglo XV», *Revista de Filología Hispánica*, 8, 1946, págs. 121-130.

<sup>6</sup> Yakov Malkiel, «A Tentative Autobiography», *Romance Philology*, Special Issue, 1988-1989.

<sup>7</sup> Hasta tal punto se puso al servicio de su esposa que llegaba a corregir a mano las erratas que percibía tras releer las publicaciones que él mismo dio a la estampa; de ese modo, en mi separata de «Función del cuento popular en el Lazarillo», ponencia que, a las puertas de la muerte, no pudo leer personalmente en el Primer Congreso Internacional de Hispanistas (1962), Malkiel anota (en Frank Pierce y Cyril A. Jones, eds. *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, The Dolphin Book, 1964, págs. 349-359): «si [se] leen» (pág. 354, l. 19) y «una pormenorizada (de) elaboración» (pág. 358, l. 16).

<sup>8</sup> De ello y de otras noticias de su vida, como la breve estancia en la Universidad de Wyoming antes de ir a Berkeley, de donde ya no se movió, nos informan Yakov Malkiel y Francisco Rico, «Breve autobiografía analítica», *Anuario de Estudios Medievales*, 6, 1969-1972, págs. 609-639. Mucho más enjundioso es lo que nos cuenta Malkiel en el «Appendix A: A Candid Retrospect», *A Tentative Autobiography*, *op. cit.*, págs. 145-156.

éxito alcanzado por Malkiel en tan ardua empresa. Ello, no obstante, no basta para entender su compromiso (en este caso, a la luz de los hechos, cabe etiquetarlo de *ever-lasting*) con María Rosa, excepcional se mire por donde se mire. Es como si quisiese resarcirla de algo y, de paso, como si él mismo se estuviese quitando una espina. ¿Me equivoco o me excedo al pensar de ese modo?

Malkiel tuvo muy presente el inmenso sacrificio de su esposa: había renunciado a un puesto académico fijo con tal de no separarse de él sino esporádicamente y por poco tiempo. Por aquel entonces, recordémoslo, las universidades públicas norteamericanas impedían que marido y mujer trabajasen en el mismo departamento, lo que hizo de María Rosa una *profesora trashumante*. Si me sirvo de la cursiva es porque la definición es suya y la empleó para referirse a sí misma en una conferencia impartida en la Universidad de Buenos Aires, con ocasión del que había de ser su último viaje. Tras el título lopesco, «La peregrina en su patria»<sup>9</sup>, no solo alude a la ciudadana argentina que visita su tierra; en realidad, nos da cuenta de su itinerancia permanente, una situación que, por muy literaria que se antoje (ahí está la metáfora o alegoría de la vida como viaje), supone un doble drama: el de la profesora frustrada por no tener un alumnado propio y el de los discípulos potenciales, y pienso particularmente en los de Berkeley, que no pudieron beneficiarse de su sabiduría por impedirlo una ley rigurosa en exceso. Tan sólo unos cuantos afortunados la tuvieron frente a frente en alguna de las contadas ocasiones en que participó en la *Summer Session*.

Quien acabaría siendo una medievalista (y una generalista, y una comparatista) más que sobresaliente nació en Buenos Aires, el 7 de noviembre de 1910, en el seno de una familia judía de origen centroeuropeo. Sus padres hablaban yiddish, pero se empeñaron en que sus tres hijos echasen raíces en una cultura tan prestigiada como la hispánica (¡a cuánto ignaro habría que recordarle esta verdad!). Y lo lograron, hasta el punto de que dos de ellos, Raimundo (el segundo) y María Rosa (la pequeña), hicieron de la lengua y literatura españolas mucho más que una profesión: desde la niñez, en ellas depositaron sus ilusiones y a ellas dedicaron sus vidas.

Que María Rosa calase hondo para darse, inicialmente, al estudio de los clásicos greco-latinos es el resultado de su tendencia innata a profundizar en las cosas hasta llegar al mismísimo meollo, donde la verdad suele esconderse, de acuerdo con Heráclito, Platón o Aristóteles. De joven, deslumbraba por su precisión y elegancia al traducir directamente del latín y del griego, sin servirse de versiones intermediarias en otras lenguas, práctica aberrante, sin duda, pero ciertamente extendida. Su competencia con el latín la pondría a prueba a lo largo de su vida al ocuparse del Medioevo y el Renacimiento; por lo que al griego

<sup>9</sup> Publicado en *Universidades*, 5, 1961, págs. 16-26.

atañe, basta recordar su traducción de Heródoto<sup>10</sup>, reeditada en múltiples ocasiones, aunque desprovista casi siempre de una introducción doblemente luminosa: por sus ideas y por su marcada voluntad de estilo.

En ambos planos, María Rosa evolucionó. Tras dar muestra de su pericia como traductora y exegeta (ahí está su magnífico ensayo sobre Sófocles)<sup>11</sup>, tras cumplir con todos los encargos que le llegaban desde *Emerita* (revista de Filología Clásica fundada por don Ramón Menéndez Pidal en 1933), retornó al punto del que partía: la cultura panhispánica y la cultura europea que la engloba. Ellas, en definitiva, la habían llevado hasta los clásicos grecolatinos, luego no era de extrañar que el viaje fuese de ida y vuelta. En el trueque del Mundo Antiguo por las literaturas modernas no percibo premeditación; incluso en el caso de que ese camino lo tuviese trazado de antemano, no le reprocharía nada, sino al contrario, ya que así logró hacerse con el bagaje adecuado para ejercer el que finalmente sería su oficio.

Nada se hizo de manera brusca, pues María Rosa fue sumando aficiones sin dejarse nada en el camino<sup>12</sup>. Lo que sí percibimos es un tránsito de una a otra época, una oscilación suave pero ostensible al final de los años treinta. En ese sentido, es revelador el título (y más aun el contenido) de «Dido en la literatura española. Su retrato y defensa»<sup>13</sup>, híbrido perfecto de ambos universos de referencia que, en realidad, son uno solo gracias a la tradición clásica, esto es, a la transmisión del saber del Mundo Antiguo a la cultura occidental, beneficiaria directa de ese legado<sup>14</sup>. Repaso los libros que merecieron su atención en forma de reseña (los de Curtius, Highet o Raby) y compruebo que en esa idea encontró su principal acicate, al tiempo que la confirmación de que había merecido la pena darse enteramente a los clásicos a lo largo de una década.

Más que de un ideario, se trata de una sola idea que se derrama en infinitos vasos secundarios, que a su vez vierten en otros menores para formar un conjunto con conexiones de rango diverso: así es la cultura occidental, de la que la española forma parte indisoluble. En la demostración de esta verdad, por medio

<sup>10</sup> Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, trad. y est. María Rosa Lida de Malkiel, Buenos Aires, W. M. Jackson, 1949.

<sup>11</sup> María Rosa Lida de Malkiel, *Introducción al teatro de Sófocles*, Buenos Aires, Losada, 1944.

<sup>12</sup> Creo que la nota presente basta para orientarse en la bibliografía de nuestra homenajeada, con sus ritmos y sus pausas; de todos modos, Malkiel es mucho más preciso al referirse a la labor de su esposa en «Sobre la cronología interna de algunos trabajos de María Rosa Lida de Malkiel», *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso» en su cincuentenario 1923-1973*, Frida Weber de Kurlat, ed., Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1975, págs. 243-252.

<sup>13</sup> María Rosa Lida de Malkiel, «Dido en la literatura española. Su retrato y defensa», *Revista de Filología Hispánica*, 4, 1942, págs. 209-252 y 313-382.

<sup>14</sup> Con sus dos suplementos y sucesivos retoques, acabaría dando en libro (*Dido en la literatura española. Su retrato y defensa*, London, Tamesis Books, 1974).

de una panoplia de casos bien traídos (pura metonimia, al fin y al cabo), radica la principal aportación de María Rosa; en este punto, digo, reside la fórmula que hace de la lectura de todos y cada uno de sus trabajos una experiencia tan placentera como necesaria. En sus páginas, se halla el antídoto a tanto exceso sin fundamento; en ellas, subyace un bálsamo que obra virtudes, ya que, al mismo tiempo, actúa como calmante y revulsivo.

Ni su casta ni un medio propicio para experimentos tales la arrastraron por la senda, atractiva y peligrosa por igual, del castrismo. Me refiero, claro está, al Américo Castro de la Posguerra, más concretamente al catedrático de Princeton, que abandonó la Filología y la Historia de la Literatura, convencido de que tenía la clave para acabar con los males de España e impedir una nueva Guerra Civil. Ella siguió su pauta en ocasiones contadas y sin apenas estridencias, en alusión a un cristiano nuevo cierto, Fernando de Rojas, y a otro probable, Juan de Mena.

Prefería el Castro del Centro de Estudios Históricos, el mismo que conoció en Buenos Aires: el fino historiador de la lengua española, el editor pulcro y exigente, el autor de un libro tan sólido e innovador como *El pensamiento de Cervantes* (1925), el mismo que a poco de llegar a Argentina (1940-1942) mandaba «Lo hispánico y el erasmismo» a *Revista de Filología Hispánica*; no obstante, él mismo señala que este es ya un trabajo de transición por cuanto suscitó en él intereses propios de su larga fase norteamericana<sup>15</sup>. Con respecto a la opinión de María Rosa, viene en mi auxilio Malkiel: «Of the various strains in Castro's published work she probably preferred the earlier (strictly historical) to the later (tinged by existentialist philosophy)»<sup>16</sup>.

Aparte de su independencia crítica, que no precisaba de guiones, y de una prudencia que esquivaba riesgos inútiles, de seguro pesó sobre ella el magisterio de Amado Alonso, siempre deslumbrante y ponderado. Junto a él, estaba lo más granado de la intelectualidad americana, que había recalado en Argentina y desapareció luego en masa por culpa de la legislación académica promulgada en 1947 por el primer gobierno de Perón; con ella, el general y sus seguidores pretendían controlar las instituciones de Enseñanza Superior al designar directamente a todos los miembros de los órganos de gobierno y a los catedráticos. Con los exiliados españoles, en el claustro bonaerense coincidieron el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el mejicano Alfonso Reyes, ambos empapados, literalmente, en letras hispánicas, ambos abducidos por el culto a Grecia y Roma<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> Así lo indica en *España en su historia*, Buenos Aires, Losada, 1948, pág. 48.

<sup>16</sup> «María Rosa Lida de Malkiel», *op. cit.*, pág. 14.

<sup>17</sup> Algo especialmente cierto en el segundo caso, como mi mujer, Teresa Jiménez Calvente, recuerda en una antología de inminente aparición que atiende tan sólo a la relación de este polímata (a ratos, también medievalista) con la Antigüedad.

Detrás de los cuatro eruditos nombrados, se proyecta la figura de don Ramón Menéndez Pidal, maestro de todos y admirador confeso de María Rosa, a pesar de que esta le había criticado con dureza en uno de sus característicos artículos-reseña<sup>18</sup>. Era marca de la casa; por ello, el simple hecho de ver su nombre en la sección de Crítica de Libros quitaba el hipo al estudioso más flemático, pues a la porteña no se le escapaba detalle y era contundente, incluso inmisericorde, en sus juicios. Algunas de sus reseñas se antojan herboladas con curare: tal era su tono. En descargo de los damnificados, debo decir que un repaso de sus nombres y títulos confirma que a María Rosa no le gustaba perder el tiempo con libros carentes de interés. Como quiera que sea, sus refutaciones categóricas y sus crudos calificativos dejaron más de un cadáver académico<sup>19</sup>.

María Rosa blandía la férula que era un primor. De sus acometidas no se salvó ni siquiera Gilbert Highet, molesta por el hecho de que, en *The Classical Tradition. Greek and Roman Influences on Western Literature*<sup>20</sup> apenas aludiese a España. Ahora bien, su lectura le resultó tan estimulante que mereció un artículo-reseña monumental en un doble sentido: por su extensión y por la riqueza de datos que reúne<sup>21</sup>. Vuelvo por un instante a don Ramón para añadir que, a pesar de esa y otras críticas<sup>22</sup>, María Rosa, más que admirarlo, lo veneraba. Unos años después, Malkiel, consciente de ese mutuo afecto, vio la ocasión de poner las cosas en su justo punto: al morir el maestro español, dio a la imprenta una necrología laudatoria que debería leer, si todavía no la ha leído, cualquiera que se pique de filólogo<sup>23</sup>.

De la cultura panhispánica a los clásicos greco-latinos, y vuelta. Aunque entre sus intereses no cupieran los asuntos que apasionaban a Américo Castro, al menos no en la manera en que él los enfocaba, lo judío no podía faltar en María Rosa, entre Filón de Alejandría y los conversos españoles<sup>24</sup>. Todos ellos,

<sup>18</sup> «Fray Antonio de Guevara: Edad Media y Siglo de Oro español», *Revista de Filología Hispánica*, 7, 1945, págs. 346-388.

<sup>19</sup> En el extremo opuesto está su reseña a la labor de Joseph E. Gillet con Torres Naharro, cuya conclusión fue elogiada por María Rosa en *Hispanic Review*, 30, 1962, págs. 240-246.

<sup>20</sup> Gilbert Highet, *The Classical Tradition. Greek and Roman Influences on Western Literature*, New York-London, Oxford University Press, 1949.

<sup>21</sup> «La tradición clásica en España», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 5, 1951, páginas 183-224.

<sup>22</sup> Como la que, esta vez con cuidado extremo y con solicitud de perdón, vierte en su trabajo sobre Juan Ruiz y su *Libro*, del que me ocuparé más adelante.

<sup>23</sup> «Era omne esencial...», *Romance Philology*, 23, 1970, págs. 371-411.

<sup>24</sup> Lo judío, no obstante, se revela nítido en otro orden: en una María Rosa profundamente racionalista, conmovida en lo más hondo ante el sabio y su obra, sentimiento este que, en el caso de Malkiel, dio en la pura catedrocracia, cuyo primer mandamiento consiste en el respeto absoluto al maestro (y me reservo algunas anécdotas que revelan su fe ciega en este principio). Solo y sin auxilio, no osaría llegar más lejos, pero en este punto me asiste quien la conoció como nadie, allí donde afirma (parafraseo y hasta, temerario, me atrevo a añadir algún detalle a lo escrito por

judíos y conversos, se ofrecen perfectamente imbricados en la cultura occidental. A Filón lo enmarca en el ambiente neoplatónico propio su época y a Fernando de Rojas en el de una España y una Europa a caballo entre dos eras, como lo proclaman sus modelos literarios y, en conjunto, su universo de referencia. Por su parte, Flavio Josefo se hizo profundamente español por la atención que le dispensó Alfonso X y por el interés que su obra despertó en los lectores del siglo XV, que se beneficiaron de su romanceamiento y, al cierre de la centuria, de su difusión por parte de la imprenta incunable. Con Filón lo tenía más difícil, pero buscó maneras de acercarlo a su objeto de estudio primordial: el siglo XV español en un ejercicio puramente comparatista<sup>25</sup>.

Flavio Josefo atrajo su atención al inicio de los cuarenta y mereció toda su energía entre 1942 y 1943. Aunque ignoramos el porqué, María Rosa acabó abandonando el proyecto hacia 1950; de hecho, solo la voluntad de quien ya era su viudo consiguió dar forma y convertir en libros y artículos muchas de las secciones del que habría sido un grueso volumen<sup>26</sup>. Bien es verdad que antes tuvo que recuperar el original, despistado entre papeles y más papeles; y luego hubo de descifrarlo, tarea nada fácil según confiesa<sup>27</sup>. Lo que Malkiel no explica es por qué ese material no cuajó en tesis y por qué su autora cambió radicalmente de asunto para atender, durante tres años, a Juan de Mena, de quien sólo se había ocupado en una reseña y una nóta previas. En este breve apunte, María Rosa muestra la huella de Américo Castro, cuya deriva hacia nuevos asuntos, los que le dieron la fama de que goza, se produjo durante su estancia en la Universidad de Buenos Aires<sup>28</sup>.

En Mena recaló todo ese tiempo, mucho ciertamente, y luego, como si algo no hubiese funcionado o hubiese perdido interés en el autor, lo apartó de sí. Sorprende porque, en abstracto, la obra del secretario de cartas latinas de Juan II resultaba idónea para alguien con su formación e intereses. Sin embar-

---

Malkiel) que fue refractaria al relativismo y al pesimismo neopaganos, como también a un misticismo taumatúrgico difícil de encajar en el judaísmo tradicional y despreciado por las corrientes reformista y conservadora (el *Reform Judaism*, nacido en Europa, y el *Conservative Judaism*, desarrollado en Norteamérica). Sobre el particular, léase a Malkiel, «The Judaic Strain in María Rosa Lida de Malkiel», *Hebrew University Studies in Literature*, 2, 1973, págs. 119-131.

<sup>25</sup> «Una copla de Jorge Manrique y la tradición de Filón en la literatura española», *Revista de Filología Hispánica*, 4, 1942, págs. 152-171.

<sup>26</sup> Remito a la sección correspondiente de la bibliografía de Malkiel, citada al comienzo («The Literary Legacy of María Rosa Lida de Malkiel»), donde se ve el último esbozo de ese magno proyecto: *Herodes: su persona, reinado y dinastía*, Madrid, Castalia, 1977.

<sup>27</sup> Como cuenta en «'El libro infinito' de María Rosa Lida de Malkiel: Josefo y su influencia en la literatura española», *Filología* (Buenos Aires), 13, 1968-1969 (1970), págs. 205-226, y repite en los trabajos derivados de tal labor, como «Túbal, primer poblador de España» (1970).

<sup>28</sup> «Para la biografía de Juan de Mena», *Revista de Filología Hispánica*, 3, 1941, págs. 150-154; a ello, hay que unir su reseña a la edición del *Laberinto* por José Manuel Blecua, Madrid, Espasa-Calpe, 1943.

go, a la luz de los acontecimientos, se diría que María Rosa se impuso un *terminus a quem*, y que lo respetó. Esa fecha había de ser (fue, de hecho) el año 1947, en que defendió su tesis doctoral bajo la dirección de Amado Alonso. En cierto trabajo, Malkiel contrasta el «sharply limited Juan de Mena period» con su entrega apasionada a *La Celestina*, que abarca desde cierta anécdota de su infancia hasta el último día de su vida<sup>29</sup>. De todos modos, para entregarse denodadamente al estudio de la obra, precisó una vez más del estímulo externo de su maestro, como veremos de inmediato.

El testimonio de Malkiel es del mayor valor para seguir los pasos de María Rosa; no obstante, en este caso media un escollo, pues antes había afirmado lo contrario: «De manera que, en un largo transcurso de tiempo aproximadamente entre 1953 y 1962, año de la última enfermedad y muerte de María Rosa Lida de Malkiel Juan de Mena nunca dejó de obsesionarla»<sup>30</sup>. ¿Cuándo dice la verdad? ¿Acaso se confunde? Pienso que no: que ambas afirmaciones son ciertas, pues María Rosa no volvió a investigar sobre Mena, sino que fue aprovechando parte de los materiales que había logrado reunir; con ellos, enriqueció su artículo sobre la hipérbole sagrada, ya citado; con ellos, también, encaró su monografía acerca de la fama (asunto que, en su tesis, es solo un simple aunque, eso sí, certero brochazo)<sup>31</sup>; de ellos, se sirvió al redactar el apéndice a la traducción del libro de Howard R. Patch, con el que cumplía cierto encargo editorial<sup>32</sup>.

Considero necesarias algunas precisiones sobre su tesis, pronto convertida en libro, con el título final *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, Méjico: El Colegio de México, 1950. Lo primero que he de decir es que, por sí solo, este ensayo jamás le habría otorgado la fama de sabia infalible de que goza, que le viene, sobre todo, de su inmensa lectura de *La Celestina*, penetrante, comprensiva y erudita. María Rosa, que por esa época arremetía contra Pierre Le Gentil<sup>33</sup>, apenas si muestra sensibilidad por el laberíntico (entonces lo era, y mucho) mundo de los cancioneros y su poética, que el estudioso francés procuró fijar a partir de lo que entonces se conocía: poco más que los dos volúmenes de Raymond Foulché-Delbosc, *Cancionero castellano del siglo XV*<sup>34</sup>.

<sup>29</sup> Yakov Malkiel, «A Brief History of M. R. Lida de Malkiel's *Celestina* Studies», *Celestinesca*, 6, 1982, págs. 3-13.

<sup>30</sup> En apéndice al libro resultante de su tesis, que cito a continuación (pág. 576).

<sup>31</sup> *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952.

<sup>32</sup> Howard R. Patch, «La visión del trasmundo en las literaturas hispánicas», *El otro mundo en la literatura medieval*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

<sup>33</sup> Los dos tomos de *La poésie lyrique espagnole et portugaise à la fin du moyen âge*, t. I: *Les thèmes et les genres*; t. II: *Les formes*, Rennes, Plihon, 1949 y 1952-1953, reseñados en *Speculum*, 26, 1951, págs. 174-179, y 28, 1953, págs. 390-393.

<sup>34</sup> Raymond Foulché-Delbosc, *Cancionero castellano del siglo XV*, Madrid, Bailly-Bailliere (NBAE, 21-22), 1912-1915.

Por otra parte, su autora se enreda innecesariamente en la imposición de etiquetas (medieval aquí, renacentista allí), con arreglo a las categorías de Jacob Burckhardt. El recetario de este historiador, sometido a revisión crítica ya por esos años, se acumula en algunos pasajes de su monografía sobre Mena: «Pensamiento crítico, confianza en la razón, individualismo, goce vital: todas ellas otras tantas esencias del Renacimiento» (pág. 535) y otros semejantes. Donde más claro se percibe ese lastre, del que andado el tiempo la argentina se libraría casi por completo, es en el capítulo final, «Mena prerrenacentista». De los cinco puntos de que consta, uno es puramente burckhardiano y aparece en la relación previa: *individualismo*. El que más importa es el primero, «Posición ante la Antigüedad», donde establece una ecuación tan tajante como simple: mientras el Medioevo lee a los clásicos en clave didáctica, el Renacimiento lo hace por pura estética. ¿Correcto? Pues no, como paso a explicar en pocas palabras.

En mi opinión, estamos ante lo que podría considerarse un paradigma de idea heredada. Ciertamente, la incorporación de la Filosofía Moral como nuevo campo del saber obró maravillas desde el Trecento, pues estimuló la lectura de los clásicos en clave moralizante y animó a extraer máximas para copiarlas en los *codices excerptorii* o a incorporarlas en unos recopilaciones que muchas veces acabaron en imprenta. Hace tiempo incidía yo en el hecho de que incluso las anotaciones de Petrarca en sus *libri mei peculiare*s eran mayoritariamente morales y alegóricas, lo que no quita que sintiese un enorme placer de orden estético cuando leía a los clásicos, recorría el Foro Romano o examinaba alguna pieza arqueológica. Los *antiquarii* cuatrocentistas y quinientistas no sólo gozaban con los clásicos: de ellos extraían lecciones para ordenar la vida, una lectura utilitaria a la que no cabe poner fecha de caducidad, pues a su manera continúa hasta hoy mismo (ahí están las *Meditaciones* de Marco Aurelio, un auténtico *best-seller* entre los ejecutivos y empresarios en general).

En un arranque de originalidad (o de rebeldía), María Rosa rechaza redactar algo parecido a una semblanza de Mena y arranca, ex abrupto, con un estudio del *Laberinto*. Este capítulo, como todos los que siguen, está repleto de ideas originales y datos eruditos, pero carece del grado de trabazón que uno percibe en otros escritos suyos. Ello sorprende aun más si se considera que no estamos ante un ensayo cualquiera: en origen, se trata de una tesis doctoral, género erudito que implica la observancia de unas pautas bastante rígidas. A mí, en particular, me habría gustado que María Rosa midiese fuerzas con las fuentes primarias, que profundizase en el universo de los cancioneros y su particular poética y, en último término, que se ocupase de la transmisión y recepción del *Laberinto*, en atención al texto mismo (un ejercicio ecdótico que nunca la atrajo) y a su presencia en la literatura española del Cuatrocientos (no tanto en forma de ecos o alusiones sino de repeticiones de un patrón de naturaleza indudablemente heroica).

El *Laberinto* no se resuelve en los comentarios de Nebrija en su *Gramática*, ni en la parodia de *La Carajicomedia*, ya iniciado el siglo XVI: su musa épica estimuló a otros autores cuatrocentistas que se sirvieron de la altisonante copla de arte mayor, metro que luego tendría relevo en la octava real. El propósito de Hernán Núñez, el Comendador Griego, de hacer de *Las Trescientas* de Juan de Mena un gran poema patrio, semejante a la *Commedia* dantesca, no sólo dice mucho sobre el sentimiento hegemónico de la España de los Reyes Católicos: lo dice todo sobre el proyecto de Juan de Mena cincuenta años atrás, con Juan II asistido por la figura providencial de Álvaro de Luna. Todo esto y mucho más pasó inadvertido a María Rosa, que escribió un libro valioso, pero incompleto (en ningún caso diría fallido) en muchos sentidos.

Cuando más se notan tales carencias es, precisamente, cuando el libro se enfrenta a *La originalidad artística de «La Celestina»*, obra metódica, rigurosa, exhaustiva, acabada y vigente. Esto es hasta tal punto cierto que, aunque nada más se hubiese escrito sobre la obra de Rojas, lo esencial quedaría dicho; con su Mena, no ocurre lo mismo. Pienso, además, que María Rosa no quedó convencida de su labor. ¿Cómo podía estarlo cuando faltaba una edición fiable, con su correspondiente aparato de varias lecciones y notas interpretativas, de obras tan difíciles como el *Laberinto*, *La Coronación* o la poesía menor? Ante carencias tales, el riesgo del estudioso es enorme, pues puede darse de bruces contra lecciones o pasajes carentes de valor o legitimidad, como los denunciados por el Comendador Griego y el Brocense. Si a ello le sumamos el enredijo de los cancioneros castellanos (al que hasta entonces sólo se había enfrentado Adolf Mussafia en un vetusto trabajo)<sup>35</sup> y lo poco que se sabía con certeza del arte de los trovadores peninsulares, se entiende su deseo de aplicar su penetrante inteligencia en otra empresa.

María Rosa se alejó de Mena, como se alejó de Argentina. En 1947, marchó a los Estados Unidos, más concretamente a Harvard, gracias a una beca de la Rockefeller Foundation. En su elección pesó, además del prestigio de esta institución, el hecho de que Amado Alonso acababa de obtener un puesto en el Department of Romance Languages and Literatures. Desde Harvard, potente foco cultural, tenía al alcance otras instituciones de especial importancia en lo que a los estudios hispánicos respecta, como el Wellesley College, de donde había salido Pedro Salinas y donde había entrado Jorge Guillén. A poco de su llegada, María Rosa, que hacía las veces de ayudante de Amado Alonso, asistió al seminario sobre *La Celestina* que impartía en Harvard. Como en otras ocasiones, su maestro fue el detonante que precisaba<sup>36</sup>.

<sup>35</sup> En «Per la bibliografia dei Cancioneros Spagnuoli», *Denkschriften der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften*, 47, 1902, págs. 1-20.

<sup>36</sup> En «La abeja: historia de un motivo poético», *Romance Philology*, 17, 1963, págs. 75-86, tal vez el primer trabajo de María Rosa preparado por Malkiel, una Nota de la Redacción nos

Cambridge, Boston, Brookline..., lugares gratos por igual para un bonairense o un madrileño, forman un paraíso académico (el MIT, Harvard, Tufts, Boston University, Boston College, Brandeis...), con independencia de la especialidad a que uno se dedique. En el caso de María Rosa, pesaba además la presencia del filólogo navarro, que la encauzó de inmediato hacia la Widener y la Houghton Libraries, donde podría dar satisfacción a sus inquietudes sin límite. Y hubo algo más: Harvard facilitó el encuentro con quien un año más tarde sería su esposo. La ahora señora de Malkiel, que nunca prescindió de su apellido familiar, marchó de inmediato a su nuevo hogar en Berkeley.

Lo que la San Francisco Bay Area significó para María Rosa queda dicho: fue una trampa, en tanto en cuanto frustró sus expectativas como profesora, y un paraíso, porque puso al alcance de su mano los ricos fondos de la Doe y la Bancroft Libraries. Si el ambiente de Massachussets era idóneo para alguien como ella, lo mismo debe decirse de la plácida Berkeley, con el valor añadido de un clima benévolo como pocos, radicalmente distinto del lugar que acababa de dejar, con inviernos gélidos y veranos sofocantes. Tan solo resta añadir que *La originalidad artística de «La Celestina»*, a la que atenderé en breve, es una obra enteramente californiana. De una primera redacción, que habría concluido en un magro libro de unas ciento cincuenta páginas, nos ha hablado Malkiel, que se refiere en total a dos estados previos a la versión final<sup>37</sup>.

De aquí en adelante, María Rosa se muestra certera, prácticamente infalible. Desde la atalaya privilegiada que brinda el paso del tiempo, comprobamos cómo cada una de las páginas que escribió conserva su vigencia. Incluso en la época de Google, que es la nuestra, parece imposible dar con tanta clave: no solo citas literales, sino paráfrasis, ecos o diferentes formas de impregnación entre obras de la índole más diversa, que desembocan en *La Celestina* o tienen en ella su germen. Segura como ella sola, María Rosa saltó por encima de taxonomías rígidas, sabedora de que, aunque necesarias para ordenar la mente, muchas veces acaban asfixiando al investigador. Ese modo de proceder se percibe nítido en *La idea de la fama en la Edad Media castellana*<sup>38</sup>, cuya idea directriz la había anticipado en su libro sobre Mena: «[...] contra la aseveración

---

cuenta su intrahistoria: «Texto de una conferencia inédita pronunciada en Madison, Wis. A principios del año 1955 y basada en un artículo (1944) casi inasequible [...]. La conferencia comenzó con estas palabras: “Antes de entrar en materia, permítanme Uds. Un recuerdo personal. Las páginas que voy a leer nacieron en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Hojeaba yo el estudio de James Hutton sobre el tema de Amor y la abeja en latín moderno, italiano, francés e inglés (*PMLA*, LVII, 1942, 57-74), y dije a mi maestro Amado Alonso: ‘¡Qué bueno sería hacer algo parecido para el español!’ . Él, con sencilla gravedad, tan suya, contestó dos palabras: ‘Do it’».

<sup>37</sup> «M. R. Lida de Malkiel's Ur-‘Celestina’ (1949)», *Celestinesca*, 8, 1984, págs. 15-28.

<sup>38</sup> María Rosa Lida de Malkiel, *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, op. cit.

vulgar, la fama no es aspiración ajena a la Edad Media» (pág. 535). El espíritu burkhardtiano, sin esfumarse por completo, pierde aquí gas.

Entre la gestación de su gran libro y la manifestación de su enfermedad, vale decir, entre los cuarenta y los cincuenta años, la ilustre investigadora se ofrece pletórica de fuerza e ideas. Su vasta cultura, su capacidad para la abstracción y una perspicacia única explican su éxito en operaciones tan arriesgadas como la reconstrucción del *Amadís* medieval, del que en aquel momento se conocían tan sólo testimonios indirectos<sup>39</sup>. Los primeros síntomas del cáncer que acabó con su vida nos llevan a 1960, el mismo año en que llegaba a Berkeley el gran bibliógrafo y bibliófilo Antonio Rodríguez Moñino. Si lo cito es porque, en su biblioteca madrileña, guardaba los únicos fragmentos conocidos del *Amadís* anterior a 1508, una joya que, como muestra de agradecimiento, acabó dejando en depósito permanente a la Bancroft Library. Lo formidable es que, como se comprobó más tarde, en las contadas páginas reconstruidas a partir de ese testigo, se validan todas las hipótesis de María Rosa.

Con buen juicio, su viudo dio curso al ofrecimiento que la Universidad de Buenos Aires, tras nombrarla doctora honoris causa, había hecho a María Rosa de publicarle una selección de sus estudios, que finalmente vio la luz en una afamada editorial. El volumen desmerece por su pobre aspecto, pero satisface las expectativas de quien espera leer a la mejor María Rosa: son sus *Estudios de literatura española y comparada*, Buenos Aires: Losada, 1964<sup>40</sup>. Ahí está su genial reconstrucción del *Amadís*, ahí también su certero panorama de la leyenda artúrica, que demuestra la temprana acogida de la materia y su formidable expansión por toda la Península Ibérica<sup>41</sup>, al igual que la gesta rolandiana y el trovadorismo. A ambos trabajos preceden otras tres prospecciones medievales: «La *Garcineida* (de García de Toledo)», «Nuevas notas para la interpretación del *Libro de Buen Amor*» y «Tres notas sobre don Juan Manuel», cuya importancia las hace merecedoras de algunos comentarios.

<sup>39</sup> «El desenlace del *Amadís* primitivo», *Romance Philology*, 6, 1953, págs. 283-289.

<sup>40</sup> El libro se publicó finalmente fuera de la Universidad de Buenos Aires, frente a lo que dice Malkiel; de hecho, los ejemplares que conozco vieron la luz en Buenos Aires: Eudeba (Serie «Teoría e Investigación»), 1966. Las fichas de Malkiel son la mera repetición de un error que comete por primera vez en «Supplement to the Preliminary María Rosa Lida de Malkiel Bibliography (*RPh*, XVII, 33-52)», *Romance Philology*, 20, 1966, págs. 44-52. Este trabajo me ha servido para otro fin: ver qué necrológicas se publicaron y quiénes fueron sus autores; es más, metódico como siempre, Malkiel recoge también los homenajes a María Rosa e incluso las simples dedicatorias en recuerdo suyo.

<sup>41</sup> Este estudio se publicó antes como «La literatura artúrica en España y Portugal», *Arthurian Literature in the Middle Ages. A collaborative History*, Roger Sherman Loomis, ed., Oxford, Oxford University Press, 1959, págs. 406-418. María Rosa tiene sus antecedentes inmediatos en Pedro Bohigas y Martín de Riquer, precedidos por William J. Entwistle. Sobre este particular versa mi trabajo «Cultura occidental y materia artúrica», artículo proemial del volumen monográfico sobre la caballería del Medievo que *eHumanista* (n.º 16) publica en memoria de don Francisco López Estrada.

Perdida entre las incontables páginas de la erudición histórico-filológica alemana del siglo XIX<sup>42</sup>, María Rosa supo localizar y tallar esa gema que es la *Garcineida*. Luego, un jovencísimo Francisco Rico la engastó entre otras de idéntico valor en la relación de piezas literarias que hace en «Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla»<sup>43</sup>, donde se descubren las señas indudables de ese prerrenacimiento en la *Garcineida* y otros textos coetáneos, como la *Crónica Compostelana*, la *Chronica Adefonsi Imperatoris* o el *Poema de Almería*. Los dos trabajos que restan inducen a engaño, ya que su título anuncia mucho menos de lo que acaba dando: aunque ambos llevan la etiqueta de *notas*, ni son breves ni se resuelven en meras pinceladas sueltas. En realidad, son dos trabajos extensos que, además, arrojan luz no sobre pasajes específicos sino sobre la totalidad del *Libro de Buen Amor* y sobre la obra manuelina en su conjunto.

En el caso de *El Conde Lucanor*, María Rosa relaciona los ejemplos y (de modo algo más difuso e inconcreto) los proverbios con los dominicos y su praxis predicatoria. A la luz de lo dicho más tarde por la crítica especializada, queda claro que acertó plenamente<sup>44</sup>. Acerca del *Libro de Buen Amor*, lo que ofrece es el resultado de muchos años de reflexión, que dan en una desviación atípica en su labor erudita, pues por vez primera deja de lado los clásicos y las literaturas latina y románica como referentes para, resuelta como siempre, tomar otra senda. Aunque inicialmente lo hace en pos de una solución al singular autobiografismo y abracadabrante estructura de la obra, su propuesta implica un argumento adicional a favor de una lectura didáctica del Arcipreste de Hita.

La solución a tanto rompecabezas cree hallarla en las *maqamat* hispano-hebreas, un nexo que posee sentido cuando se acepta el mudejarismo de Juan Ruiz, categoría acuñada por Castro y usada por la eximia filóloga. Con independencia de la opinión que se tenga al respecto, en ningún caso puede considerarse una vía muerta; es más, a día de hoy, muchos siguen buscando por ese lado las claves que no encuentran en la tradición europea. Con independencia de que exista o no una relación genética entre el *Libro* y las *maqamat*, la comparación es pertinente y necesaria. Otro tanto cabe decir de quienes buscan posibles modelos en la literatura árabe, apoyados por el hecho de que Juan Ruiz se sirve de palabras y hasta de frases completas en árabe dialectal<sup>45</sup>.

<sup>42</sup> Su primera edición está en Julius von Pflugk-Harttung, *Iter Italicum*, Stuttgart, Kohlhammer, 1883, págs. 439-452.

<sup>43</sup> Francisco Rico, «Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla», *Ábaco. Estudios sobre Literatura española*, 2, 1969, págs. 9-91.

<sup>44</sup> El corolario lo hallo en la magnífica introducción de Reinaldo Ayerbe-Chaux y Alan Deyermond a su edición modernizada de don Juan Manuel, *Libro del Conde Lucanor*, Madrid, Alhambra, 1984, págs. 3-49.

<sup>45</sup> Ejemplo de ello es James T. Monroe en «Arabic literary elements in the structure of the "Libro de Buen Amor"», magnífica contribución que aparecerá en breve en *Al-Qanṭara*; en ella,

El resto del volumen nos descubre a una generalista que a nada hace feos, a una lectora compulsiva de los clásicos de todos los tiempos, españoles e hispanoamericanos, europeos y universales. María Rosa los consumía por sus valores intrínsecos, al tiempo que en ellos buscaba claves de interpretación para los textos medievales y renacentistas. Frente a lo que se piensa, el contraste de todas esas tradiciones y subtradiciones le sirvió para alimentar su pasión por el folklore y la oralidad, pues María Rosa no solo se ocupó de la cultura libraria sino que atendió a ambas modalidades de transmisión.

En ese sentido, su impronta es marcadamente pidaliana, pues don Ramón comenzó su actividad investigadora como folklorista y orientó toda su labor filológica (como experto en dialectología y geografía lingüística, como autoridad indiscutible en épica y romancero) en esa dirección concreta. Me basta un botón de muestra, casi una nonada: una escueta nota en la que María Rosa despliega todos esos saberes y competencias: «Una anécdota de Facundo Quiroga»<sup>46</sup>. A pesar de su pequeñez, al paso que se leen sus páginas percibimos nítidas las diversas facetas de esa investigadora total que fue María Rosa.

De la bibliografía del maestro español y de la de Malkiel, se colige la importancia que para ambos tenía un género que algunos, equivocadamente, consideran menor y dejan para el aprendiz de filólogo: la reseña. Realmente, algunas de las páginas más valiosas de nuestra especialidad corresponden a ese género; más concretamente, son artículos-reseña, que identificamos como tales porque llevan título propio y, en revistas como *Romance Philology*<sup>47</sup>, tienen reservado un espacio. Por supuesto, no se trata de una casualidad: es la impronta del matrimonio Malkiel-Lida, que cultivó este género como nadie; de hecho, poco antes de enfermar, María Rosa publicó «La *General Estoria*: notas literarias y filológicas»<sup>48</sup>. Era su acuse de recibo a un fruto del Seminary of Medieval Spanish Studies de la Universidad de Wisconsin-Madison<sup>49</sup>, un esqueje de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos. De ese modo, María Rosa, *velis, nolis*, volvía a vérselas con don Ramón.

---

defiende la dualidad de la obra, en el sentido de que, mientras la estructura es semfítica, los contenidos son de raigambre occidental.

<sup>46</sup> María Rosa Lida del Malkiel, «Una anécdota de Facundo Quiroga», *Hispanic Review*, 31, 1963, págs. 61-64.

<sup>47</sup> Para hacerse una idea de la magnitud del fenómeno, merece la pena echar un vistazo a los volúmenes de índices de *Romance Philology*; por ejemplo, en 50, 1997, págs. 406-412, que recoge nada más que las publicaciones de los veinticinco años previos (n.º 26-50), hay ¡130 artículos-reseña!

<sup>48</sup> María Rosa Lida de Malkiel, «La *General Estoria*: notas literarias y filológicas», *Romance Philology*, 12, 1958, págs. 111-142 e ídem, 13, 1959, págs. 1-30.

<sup>49</sup> Antonio García Solalinde, Lloyd A. Kasten y Victor R. B. Oelschäger, eds., *Alfonso el Sabio*, *General Estoria. Segunda parte*, I, Madrid, CSIC, 1957. María Rosa llegó a la gran crónica universal alfonsí, como en otros casos, desde Flavio Josefo («Josefo en la *General estoria*», *Hispanic Studies in Honour of I. González Llubera*, Frank Pierce, ed., Oxford, The Dolphin Book, 1959, págs. 163-181).

Para concluir, volvamos por un instante a su *opus magnum*, de cuya génesis ya me he ocupado. Nada estrictamente nuevo puedo añadir a lo dicho por Malkiel en sus propios artículos y en las notas e introitos a los trabajos de María Rosa que fue mandando a imprenta. Gracias a su minuciosidad, sabemos cómo se gestó el libro y de qué modo seleccionó el material, pues a pesar de sus dimensiones *La originalidad artística de «La Celestina»* es el resultado de una criba. Tras esa labor, que llevó a cabo ya enferma (es más, con la enfermedad avanzada, sacó fuerzas y corrigió personalmente las pruebas), fue Malkiel quien dio a conocer los materiales de mayor importancia que habían quedado fuera del libro. Ello cuajó en esa larga serie de artículos póstumos que, como ya he indicado, abarca un cuarto de siglo exacto.

Seré taxativo: *La originalidad artística de «La Celestina»* aporta mucho más de lo que ofrece de entrada, que ya es mucho. En sus más de setecientas cincuenta páginas en cuerpo de letra menor o mínimo, hay un sinfín de ideas, desarrolladas en grado diverso o solo sugeridas. Una lectura despaciosa e integral revela otros temas y formas de análisis posibles. En pocos casos como en este, se puede decir que los epígrafes, aunque abundantes y detallados, no hacen justicia al contenido; del mismo modo, tampoco basta con bucear en unos índices que, dada su extensión, habrían bastado en cualquier otro caso. Mi experiencia me dice que, antes de entusiasmarse con una idea supuestamente innovadora (hasta revolucionaría, querría uno) que acaba de ocurrírse nos, conviene recorrer con lupa cada una de las páginas de esta inmensa obra. A veces, y solo a veces, el entusiasmo se incrementa porque se trata de uno de los pocos asuntos que escaparon a la atención de María Rosa; lo normal, no obstante, es que, de manera detenida o a vuelapluma, el problema haya sido identificado por la investigadora en algún punto de su libro, que causa asombro y acompleja.

Consideradas su bondad extrema y la imposibilidad de hallar ejemplares de la primera edición (1962) o de la segunda, con añadidos de Malkiel (1970), si hubiese una reedición del libro, lo tendría por mucho más que una necesidad satisfecha. En realidad, esa será la única manera de que *La originalidad artística de «La Celestina»* no falte en ninguna biblioteca que se precie. En mi opinión, nadie debería tenerse por experto en literatura española sin haber leído este ensayo erudito, aunque sea de manera parcial o antológica; ya puestos, extendería esta exigencia, con carácter universal, a cualquier estudiante que pretenda graduarse en nuestra especialidad.

Con respecto al siglo XV español, sólo puede decirse otro tanto de los libros de Rafael Lapesa sobre el Marqués de Santillana<sup>50</sup> y de Pedro Salinas sobre Jorge Manrique<sup>51</sup>. Aunque de este último aún se consiguen ejemplares sin ma-

<sup>50</sup> Rafael Lapesa, *La obra literaria del Marqués de Santillana*, Madrid, Ínsula, 1957.

<sup>51</sup> Pedro Salinas, *Jorge Manrique, o tradición y originalidad*, Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1947.

yor dificultad (mientras duren los correspondientes a las ediciones de Seix Barral, 1974, y Ediciones Península, 2003), el relativo a don Íñigo López de Mendoza es también pieza extremadamente rara que, de tarde en tarde, aparece en alguna librería de viejo.

En unos días (escribo estas líneas en octubre de 2010), María Rosa habría cumplido cien años. La longevidad de que no gozó habría dado frutos sorprendentes, y de seguro en gran cantidad. Pensemos en don Ramón, caso único por seguir activo hasta los noventa y cinco años aproximadamente; reparemos en Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, que continuaban publicando a punto de cumplir los noventa; y no olvidemos que el propio Malkiel sólo cedió ante los mil y un achaques que le amargaron la existencia los últimos años de su vida, ya octogenario. Imaginemos a una María Rosa activa otras tres o cuatro décadas. ¡Cuántos arcanos habría desentrañado! Pero dejémonos de formulaciones eventuales de carácter irreal y preguntémonos por su formidable legado. ¿Qué queda en pie de lo que escribió? ¿Cómo han envejecido sus trabajos?

A pesar de mis reparos a su Juan de Mena, inducidos más por lo que no hizo que por lo que dejó hecho, y aun cuando su taxonomía en este y algún otro trabajo resulte rígida en exceso para lo que hoy se usa, su obra ha resistido perfectamente el paso del tiempo. En el conjunto, formado por varios miles de páginas, no hay un solo error que propiamente lo sea: las afirmaciones sin fundamento o los despistes en el manejo de las fuentes no aparecen por ningún lado; del mismo modo, no se perciben pérdidas de orientación, ni casos de dispersión manifiesta al acometer sus objetivos. Esta afirmación vale por igual para el cuerpo del texto y para el conjunto de las notas, abrumadoras, certeras y repletas de noticias.

El centenario de María Rosa ha pasado casi totalmente inadvertido. Desde estas líneas, aprovecho para recordar que el de Malkiel habrá de celebrarse en 2014. Creo que la obra de este genio de la lingüística románica merece una valoración de conjunto de la que aún estamos faltos, como también parece necesaria una aproximación a sus diversos temas de investigación. Para articular un panorama como el que señalo no nos sirve el modelo de *A Tentative Autobiography*, pues se atiende a categorías bibliográficas y no atiende a contenidos; con ese fin, es mejor recorrer los riquísimos índices, que, a modo de apéndices, preparó el propio Malkiel, para luego contrastarlos con la totalidad de las entradas de que consta el libro. Ese ha de ser el punto de partida.

Entre junio y agosto de 1986 no hubo un solo día en que yo faltase a la cita, para comer o pasear juntos, para oírle hablar de los grandes maestros con los que se formó y para saber un poquito más sobre María Rosa. De aquel verano, mi memoria preserva esos momentos concretos, entre lecciones filológicas y anécdotas sabrosas; por añadidura, mi biblioteca guarda con idéntico celo los libros y separatas de su esposa y las decenas de trabajos que Malkiel me fue

regalando con una generosidad muy suya, que extremaba con los más jóvenes. El 6 de julio, yo cumplí 27 años; el 22 de julio, él cumplió 72. Gracias a Jamy y Charles Faulhaber, tuve una bonita fiesta de cumpleaños. Con mucha más chispa que yo, Malkiel invitó a todos los amigos por medio de un documento, cargado de gracejo e ironía y validado por un sello personal que diseñó para la ocasión: «In token whereof a quasi-imperial seal is attached, with a Malchiavellian smile, by the peerless Sigillarius Maximus and sedulous Professor Latinitatis Volgaris 'Īakovus' of the unfathomed Imperial Court. By Jake!».

A mediados de agosto, a poco de comenzar el curso académico en la Universidad de California, hice el petate y marché a ver a mis amigos de Wisconsin. Malkiel, ataviado con su boina, un traje oscuro de color indefinido y una camisa blancuzca, abotonada y sin corbata, se despidió de mí. De espaldas, giró la cabeza, levantó la mano izquierda y me dirigió una de sus sonrisas, entre irónica y benévola. Lo vi de nuevo en Madrid en 1994, a punto de partir para Salamanca, donde iba a recibir un doctorado honoris causa. En esta ocasión, me acerqué a la Residencia de Estudiantes con Charles Faulhaber y Teresa, mi mujer. Instantes después se unía a nosotros alguien venerable por su sabiduría y su humanidad: Lapesa. Los dejamos solos, pues querían hablar de sus cosas. De la presencia de don Rafael pude gozar en más ocasiones (de hecho, en 1997 presidió el tribunal que juzgó la tesis de María Soledad Salazar, que tuve el honor de dirigir); de don Yakov, nada más supe. Cuatro años después, me comunicaron que acababa de fallecer en su casa de Berkeley, repleta de recuerdos de su esposa.